

en seguida las renueva el mandato que recibieron de los ángeles y las dice: *Id á decir á mis hermanos que vayan á la Galilea, que allí es donde me verán* [1].

De aquí han tomado algunos motivo para disputar sobre cuál fuese la primera aparición que hizo Jesucristo á sus discípulos; si la que acabamos de referir, ó la que se verificó en el monte estando reunidos los once, como dice san Mateo. La cuestion, sin embargo, parece estar resuelta por san Juan, pues nos dice que aquella aparición tuvo lugar *en la tarde del primer día de la semana*, esto es, *en el mismo día de la resurreccion*; y san Mateo nada dice sobre el día y hora de esa otra aparición. De aquella nos asegura la Aguila Evangélica, que no se hallaba Tomás presente; y de la otra afirma san Mateo, que estaban reunidos los once; y siendo esto así, ya no hubiera tenido lugar la duda de *Didymo*, puesto que ya habria visto á Jesús en el monte; por consiguiente, todo induce á creer que la aparición de Jesús en el monte fué posterior á la del Cenáculo. Obedecieron por tanto los apóstoles y marcharon á la Galilea, al monte donde tan expresamente les mandaba Jesús que concurriesen. Pero parece que no fué en la provincia que tiene el nombre de Galilea donde Jesús se manifestó á los apóstoles en esta ocasion. Es no solo probable, sino lo mas verosímil y cierto, que ellos no se apartaron de la capital durante la solemnidad de la Pascua, y que allí fué donde vieron á Jesús, no solo el día primero de la semana, sino ocho dias después, como nos lo aseguran los Evangelistas; porque allí fué donde se encaminaron los dos discípulos que salieron de Emmaus al anochecer del domingo, y donde informando á los demás que estaban reunidos, tuvieron el consuelo de ver y contemplar despacio al Divino resucitado; de todo lo que se infiere que este monte seria algun sitio ó monte vecino á la capital, ó bien una de las alturas del monte de las Olivas, perteneciente en propiedad á los galileos, donde se alojaban juntos cuando venian á celebrar sus fiestas en el templo; y que esta altura ó collado era la misma donde tenia Jesús la costumbre de retirarse cuando

CAPITULO XXIX.

REUNENSE LOS DISCÍPULOS EN EL MONTE SEGUN EL MANDATO DE JESUS, Y ALLI LES APARECE; Y DESPUES SE LES MANIFIESTA OTRA VEZ EN LA RIBERA DEL MAR DE TIBERIADES Ó LAGO DE GENEZARETH.

En la terrible y tormentosa noche de su pasion habia dicho Jesús á sus discípulos: *Todos vosotros os escandalizareis en mi esta noche; y escrito está: Heriré al Pastor, y se descarriarán las ovejas. Pero después que hubiere resucitado, iré delante de vosotros á Galilea* [1]. Y apenas hubo resucitado, cuando hizo decir por medio de su ángel á las santas mujeres que habian ido á buscarlo al sepulcro: *No os detengais: corred, presto y decid á los discípulos de Jesús: Vuestro Maestro ha resucitado. Delante de vosotros va á Galilea; allí es donde le vereis como os lo tiene dicho* [2]. Y como si todo le pareciese poco, aparece él mismo poco después á sus fervorosas siervas, permite que le abracen sus piés y que le adoren, y

[1] Math. cap. 26, v. 32.

[2] Marc. cap. 16, v. 7.

[1] Math. cap. 28, v. 16.

iba á predicar á Jerusalem; por cuya razon les mandaria reunirse otra vez allí, pues no es posible pueda entenderse este mandato á Galilea, atendido cuanto se ha dicho, y que la provincia de este nombre distaba doce leguas de la capital de Judea.

Aunque en las anteriores apariciones habia abierto Jesús el entendimiento á sus apóstoles para que entendiesen las Escrituras, y les dió juntamente con el Espíritu Santo la potestad de perdonar los pecados ó de retenerlos, con todo, no faltaron aun algunos incrédulos entre los que se hallaron presentes, que permanecieron en sus dudas; y para quitárselas todas y confirmarlos en la fe, les dió una nueva investidura, confiándoles una mision mas particular, mas grandiosa é importante. Háseme dado, les dijo, toda potestad en el cielo y en la tierra, en virtud de la dignidad infinita de mi persona y de la union hipostática del Verbo de Dios con la humanidad: potestad que tengo desde la eternidad como Hijo de Dios, y como Dios y hombre me fué dada tambien desde el primer instante de mi concepcion. Ahora pues que por mi resurreccion de entre los muertos he recobrado este estado de gloria de que voluntariamente me privé durante mi vida mortal, en el uso y ejercicio de este poder público y supremo, que por tantos títulos me pertenece, os lo comunico é instituyo de un modo mas particular los primeros ministros y enviados para el establecimiento de mi Iglesia. **ID, PUES, Y ENSEÑAD TODAS LAS GENTES, BAUTIZANDOLAS EN EL NOMBRE DEL PADRE, Y DEL HIJO, Y DEL ESPÍRITU SANTO.**

Id, y con vuestra diligencia condenad á los perezosos y negligentes, que aunque ven la necesidad no quieren ir, porque aman la holganza, prefiriéndola al trabajo que deben prestar todos aquellos á quienes tuviese á bien enviar el cultivo de mi viña. *Enseñad,* y conocer que esta ha de ser vuestra continua é incesante ocupacion; para esto sereis vosotros enseñados por el Espíritu Santo, con quien habeis de platicar en la oracion; y así como en ella os enseñará continuamente, tambien el fruto de que en ella sacareis, lo habeis de comunicar á los demás. *A todas las gentes,* porque á la presencia de Dios no hay aceptacion de personas. No debeis por consiguiente preferir á los ricos y poderosos, y á los que algo pueden va-

ler en el mundo, sino que de todos debeis cuidar; y si alguna preferencia en esto puede haber, debe recaer en favor de los pobres, de los desvalidos y de los necesitados; porque yo fui enviado por mi Padre para evangelizar á los pobres [1]. Adviértase empero que no dice *convertid*, sino *predicad*. Porque el atribuir la santificacion de los oyentes á los esfuerzos del ministro que predica, fuera robar á los méritos infinitos de la pasion de Cristo y á su gracia la santificacion del mundo. *Bautizándoles*, porque el que no hubiese renacido con el agua y el Espíritu Santo no entrará en el reino de Dios. *En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo*, para que se comprenda la unidad de la esencia y trinidad de las Personas. La unidad de la divinidad, y la grandeza y eficacia de la gracia. En tal lavacro se lavan las manchas de nuestros pecados, el Padre nos adopta por hijos, el Hijo nos agrega al cuerpo místico de su Iglesia, y el Espíritu Santo nos da su aliento para vivir consagrados á él en santidad y justicia. Por lo que dice san Agustin [2]: Diósele á Jesucristo toda la potestad en el cielo y en la tierra, porque en cuanto á la divinidad tenga un poder inmenso é infinito desde la eternidad, y en cuanto hombre tenga desde el instante primero de su concepcion igual potestad en el cielo y en la tierra; no tuvo sin embargo esta autoridad ejecutiva antes de su resurreccion, sino que quiso sujetarla á la pasibilidad por nuestra redencion. Habló por tanto Jesús en cuanto á su humanidad, en la que es menor que el Padre; no en cuanto á la divinidad, en la que es enteramente igual á Aquel.

Segun la divinidad, tanto es el Padre, ó el Hijo, ó el Espíritu Santo, cuanto es el Padre, y el Hijo, y el Espíritu Santo. Tanta es toda la Trinidad en solo el Padre, ó en solo el Hijo, ó en solo el Espíritu Santo, cuanta es juntamente en el Padre, y en el Hijo, y en el Espíritu Santo. Y como esta es la doctrina sana y santa, única y verdadera, principio y fundamento de nuestra creencia, con la que, y por la que son salvos todos los hombres, y sin cuya confesion es imposible que nadie consiga la salvacion eterna; como esta es la

[1] Lucæ, cap. 4, v. 18.

[2] Div. August. in lib. de Trinitate.

vida cristiana representada en la muerte, en la sepultura y en la resurreccion de Jesucristo, que nos lavó con su sangre para que le sirviésemos en espíritu y en verdad, conforme al espíritu de la caridad, que es la suma de la ley y de los profetas; por esto les añadió: *Enseñándoles que guarden todas las cosas que yo os he mandado á vosotros guardar, practicar y cumplir para ser eternamente felices; y estad seguros que yo permaneceré en vuestra compañía hasta la consumacion de los siglos.* Promesa grande, inefable y consoladora, que así como se ha cumplido inviolablemente en el espacio de diez y ocho siglos y medio, se cumplirá tambien con la mayor fidelidad hasta la consumacion y fin del mundo.

En espíritu profético cantó David la perpetuidad de esta Iglesia y su estabilidad hasta la consumacion de los siglos, para consuelo de todos sus hijos, mas de mil años antes que se fundase, y dijo [1]: "Grande es el Señor y dignísimo de alabanza en la ciudad de nuestro Dios, en su monte santo. Con júbilo de toda la tierra se ha edificado el santuario en el monte de Sion, en la ciudad del gran Rey, sita al lado del septentrion. Será Dios conocido en sus casas cuando habrá de defenderla. Porque he aquí que los reyes de la tierra se han coligado y conjurado unánimamente. Ellos mismos cuando la vieron así quedaron asombrados, llenos de turbacion y conmovidos, y poseidos de terror. . . . Apoderáronse de ellos dolores como de parto: Tú empero con un viento impetuoso harás pedazos las naves de Tarsis. Como lo oimos, así lo hemos visto en la ciudad del Señor de los ejércitos, en la ciudad de nuestro Dios, LA CUAL HA FUNDADO DIOS PARA SIEMPRE." ¡Pero por ventura será destruida alguna vez esta ciudad ó Iglesia que se extendió y dominó todo el mundo? ¡Ah! no, nunca, jamás será destruida dice san Agustín [2], porque Dios la fundó para que subsistiese para siempre, no hay que temer que falte su fundamento. Los fundamentos de esta Jerusalem santa están descansando sobre los montes santos, y el Señor ama incomparablemente mas las puertas de esta finclita Sion, que todos los tabernáculos de Jacob [3]. Por esto

[1] Ps. 47, vs. 1 et seqs.

[2] Div. August. in ps. 47, num. 7.

[3] Psal. 86, vs. et 2.

para dilatarla, protegerla y defenderla visiblemente en la tierra, constituyó y nombró á unos apóstoles, á otros profetas, y á otros evangelistas, y á otros pastores y doctores, á fin de que trabajen en la perfeccion de los santos, en las funciones de su ministerio, en la edificacion del cuerpo místico de Jesucristo [1].

Como si al apóstol le pareciese no haber explicado bastante su pensamiento para declarar la existencia de esta misma Iglesia hasta el fin del mundo, y la proteccion que visiblemente habia de dispensarla, añadió: Hasta que arribemos todos á la unidad de esta misma fe y de un mismo conocimiento del Hijo de Dios al estado de un varon perfecto, á la medida de la edad perfecta, segun la cual Cristo se ha de formar místicamente en nosotros [2]; lo que segun el testimonio de los padres no se verificará hasta el fin del mundo y en el dia de la resurreccion universal: oigase si no el testimonio del célebre Grocio [3]: Como esta promesa alcance hasta la consumacion de los siglos, y los apóstoles no habian de vivir hasta entonces, es innegable que Jesucristo aseguró su proteccion y asistencia á la Iglesia, que ha de durar hasta el fin del mundo, y á los sucesores de aquellos en el cargo de la administracion. Y por último, si faltasen testimonios en la Escritura y los padres que justificasen plenamente esta verdad, nos los suministrarían abundantísimos los mismos herejes y protextantes; oigamos siquiera uno por todos ellos: "Yo no niego que por algunos siglos haya permanecido en el seno de la Iglesia romana la pureza de la fe, y que ella haya sido la verdadera Iglesia de Cristo; pero despues de la verdadera Iglesia se apartó de la Roma, ofuscada en el trascurso de los tiempos con tantas tinieblas; de modo que la verdadera Iglesia combatida con tanta multitud de errores, apenas podia conocerse; esto es ciertísimo. Porque en verdad ¡qué otra cosa hicieron tanta copia de doctrinas nuevas, ya sobre el primado del Romano Pontífice, ya sobre su infalibilidad, tanto como sobre la justificacion por la satisfaccion y méritos de las buenas obras, cuanto sobre la tran-

[1] Div. Paul. Ep. ad Efes. cap. 4, vs. 11 et 12.

[2] Idem Ib. v. 13.

[3] Grotius in hunc Evangel. loc. tom. 2 Oper. Theol. Edit. Basilæ. an. 1732, pag. 220.

“sustanciacion, el purgatorio, culto de los santos, de las imágenes y reliquias, y otras cosas supersticiosas, sino atraer densas tinieblas sobre la pureza de la verdadera Iglesia. . . ? Pero me preguntais ahora: ¿Existió siempre la verdadera Iglesia? Sin ambages ni reticencias digo que sí. ¿Pero dónde se escondió, dónde gimió y lloró por tanto tiempo? Yo respondo: Que estuvo oculta en el seno de los pontífices. Y en verdad, si esta verdadera Iglesia no hubiese permanecido encerrada en las mismas entrañas del pontificado, ¿cómo se hubieran encontrado en el espacio de tantos siglos tantos testigos de la verdad evangélica que salieron del seno de la Iglesia pontifical y defendieron con la mayor constancia la doctrina, la fe y el culto que ella profesa y enseña, aun á costa de su propia vida, contra la ferocidad de tantos monstruos nuevamente abortados para destruirla. . . ? Aunque pues la Iglesia Romana (concluye el hereje) que contaminó, abatió y llenó de errores la verdadera Iglesia, jamás pudo destruirla de raíz [1].”

Con el testimonio de los mismos protextantes y herejes queda por tanto perfectamente demostrado por Jesucristo, que prometió su proteccion y asistencia á la Iglesia hasta la consumacion de los siglos, ha cumplido hasta ahora fielmente su palabra; y que siendo como es, *fiel*, y *veraz*, y exactísimo en el cumplimiento de sus promesas, debemos creer con los mas sólidos fundamentos que la cumplirá tambien hasta el fin del mundo, á fin de que nunca podamos decirle segun declara el Crisóstomo [2]: Fueron tan grandes los trabajos y tribulaciones de que nos vimos rodeados, que no lo pudimos superar; porque el Señor nos dirá: Vosotros debiais saber que conmigo siempre habiais de triunfar y reducir á la nada vuestros enemigos, como os lo hice anunciar por David [3]; y que en todos tiempos y para siempre mi Iglesia habia de ser tan indefectible en su enseñanza como infalible en todas sus sentencias, porque yo no la habia de faltar jamás habiéndola levantado sobre Pedro, piedra solidísima que descansa sobre mí, que soy la verdadera piedra angular sobre la que me plugo levantar este inmenso edificio, contra cuya firmeza se estrellará siempre todo el poder del infierno.

[1] Kiesling. de Stabilitat. Primitiv. Eccle. § 3, Lipsiæ an. 1744.

[2] Div. Crisostom. Hom. 91 in Math.

[3] Ps, 59, v. 14.

Acabó de dar Jesucristo estas sublimes instrucciones y grandiosas facultades á sus apóstoles, y desapareció repentinamente de su vista, dejándolos por una parte llenos de gozo inefable al contemplarse revestidos, no solo con la sublime potestad de perdonar ó retener los pecados de los hombres, sino tambien con la de predicadores de la nueva ley, autorizados para llevar esta semilla preciosa hasta las extremidades de la tierra; pero tristes y desconsolados por otra por ignorar hasta cuándo no volverian á gozar de la amable presencia del divino Maestro; y convencidos de la extension indefinida de su ministerio, creyeron no abusarian de la confianza si marchando á su país natal iban á dar á sus parientes y compatriotas, aunque fuese con la mayor reserva, las alegres nuevas de que eran depositarios.

Regresados los apóstoles á Galilea, donde vivian con alguna mayor libertad y anchura, porque allí no los acechaba ni la perfidia de los escribas, ni la injusta persecucion de los fariseos, dijo un día Pedro á sus compañeros: *Voy á pescar*; hallábanse entonces juntos Tomás ó Didymo, Nathanael, que algunos quieren que sea Bartolomé, originario de Caná de Galilea, Diego y Juan, hijos del Zebedeo, y otros dos discípulos de Jesús; todos los que contestaron á Pedro: Vamos tambien nosotros contigo; animados de un mismo espíritu y cerciorados verdaderamente de la resurreccion de Jesús, esperaban con sincera fe que les cumpliria la promesa que repetidas veces les habia hecho de que les precederia en Galilea, á fin de que con esta multitud de pruebas incontestables y de testimonios auténticos, se estableciese mas y mas la verdad de su resurreccion; por lo que no se atrevian á separarse ni un solo instante. Equipado el barco y entrados en alta mar, trabajaron afanosamente toda la noche, pero nada cogieron. Aunque ignoraban el dichoso fin á que un trabajo en la apariencia tan inútil habia de conducirles, continuaban sin embargo en su inocente tarea, hasta que acercándose muy por la mañana á la orilla, alcanzaron á ver allí á un hombre, aunque no conocieron que fuese el Salvador, el que sin darse á conocer les dijo: Muchachos, ¿tenéis algo que comer? Y ellos le respondieron, no. Nada cogieron despues de haber bregado y remado toda la noche los siete discípulos, dice san Gregorio, porque trabajaron

en las tinieblas y les faltaba el auxilio divino [1], cuya carencia ó privacion es una verdadera noche. Pasó esta y vino la luz; y aunque tenían á su vista el que es la luz verdadera, no le conocieron, porque queria darse á conocer por medio de un milagro [2], y como que buscase vianda para comprar, para hablarles de un modo mas vulgar y humano.

No les preguntó el Señor para saber, porque no ignoraba cuál era su situación, sino para que haciendo mérito de su obediencia alcanzasen el fruto de su trabajo. Dijoles Jesús que echasen la red á la mano derecha de la nave y hallarian pesca en abundancia. Desconocido era para ellos el que mandaba, y sin embargo le obedecieron; y tirando muy pronto de la red, ya no podian sacarla á tierra por la multitud de peces que habian cogido. El prodigio era sensible, y esta milagrosa pesca parecia mucho á otra del todo semejante que les habia procurado en otra vez Jesús, y parece que deberia bastar para abrir los ojos á alguno de sus discípulos. Esta fué una verdadera profecía de lo que les habia de suceder en la otra pesca espiritual á que estaban destinados. Con el buen éxito fué premiada la docilidad y la obediencia apostólica. Conocióse de todos el prodigio, y aquel discípulo á quien amaba Jesús dijo á Pedro: El Señor es. Al punto que oyó Pedro que era el Señor, vistióse su túnica, porque estaba desnudo, y arrojóse al mar. Juan tuvo la dicha de conocer el primero á Jesús en premio de su pureza y de su amor; y siguiendo Pedro los ímpetus del suyo, atravesó las ondas y fué á arrojarse á los pies de su Maestro. En estos dos apóstoles se ven claramente los varios efectos de la caridad: Juan es perspicaz, Pedro intrépido; Juan manifiesta su amor en la inteligencia, Pedro en la actividad; Juan se vuelve ojos para conocer á Cristo, Pedro manos para imitarle. El amor de Dios nos alienta para que entremos en sus caminos y para que sondeemos con humildad el piélago de su misericordia. Con gran seguridad afirma Juan que este desconocido es el Salvador; no teme engafiarse, el amor le alumbró; no duda de la verdad de Dios el que está poseído de su espíritu. Grandemente ayuda el que tiene viva fe á los que están todavía envuel-

[1] Div. Gregor. Hom. 24 in Nyang.

[2] Div. Crisostom. Hom. 86 in Joann.

tos en las tinieblas del siglo; por lo que los padres y doctores dicen: Que por Juan se entiende la vida contemplativa y quieta, y por Pedro la activa y trabajosa; pero que sin embargo, los que por el dia se dedican á esta, si oyen en la noche de la contemplación la voz del Señor que llama, deben abandonar prontamente las aparentes dulzuras del reposo para ir en busca de su Dios.

Los otros discípulos que no se hallaban apartados de la costa sino como unos doscientos codos, vinieron en la nave arrastrando con grande trabajo la red llena de peces. Muy bien, dice san Crisóstomo [1], se explican aquí las condiciones de los apóstoles: Juan conoció el primero á Jesús, pero Pedro llegó el primero á él: por el mar se significan las tribulaciones del siglo presente, y así los que desean llegar á Cristo se arrojan al mar, porque no rehuyen los trabajos del mundo, sabiendo que por ellos es preciso entrar en el reino de Dios, y que el verdadero y fiel discípulo de Cristo permanece seguro y sale ileso de entre ellos, así como Pedro lo salió del mar y llegó salvo á Cristo. La nave significaba la Iglesia; y así los que navegando llegaron salvos á tierra, representaban los cristianos que embarcados en la de la Iglesia llegan seguros al puerto de la salvacion eterna, puesto que fuera de ella nadie puede salvarse.

Luego que tomaron tierra, vieron ascuas puestas, y un pez encima de ellas, y pan. La omnipotencia del Salvador, atenta siempre á la necesidad de sus discípulos, les habia preparado este pequeño refrigerio. Antes habia llegado Pedro, y no nos dice san Juan que él solo viese aquel milagro; pero llegaron todos y luego se descubrió el fuego, el pez y el pan. San Agustín [2] nos revela este arcano. El pez asado era figura de Cristo muerto, y en el pan estaba representado asimismo el pan vivo bajado del cielo, con el cual se incorpora la Iglesia para tener parte en su gloria. Y san Crisóstomo dice: Ved ahí otro milagro, no de una materia dada ó sujeta, así como en otras ocasiones, de panes y peces que ya existian, los multiplicó ahora, sino que de nada creó de nuevo con su virtud divina carbones encendidos, el pez y el pan, para aumentar y confirmar en la fe de su resurreccion el corazón de sus discípulos [3]. A

[1] Div. Crisostom. Hom. 86 in Joann.

[2] Div. August. in Joann. cap. 21. Tract. 122, num 2.

[3] Div. Crisostom. Hom. 86 in Joann.

una legua de Bethesda contra el Oriente, se halla el lugar donde estuvo Jesús á la orilla del mar, viéndose impreso en una dura piedra la señal de sus piés, y como á medio tiro de piedra se observa el otro donde se vió el fuego encendido, el pez sobre las ascuas y pan, y á donde mándó traer el Salvador algunos de los peces que habían pescado.

Apenas estuvieron los siete apóstoles en tierra, les dijo Jesús: Traed ahora de los peces que habeis cogido. Y al instante subió Simon Pedro á la barca y trajo la red llena de grandes peces, ciento cincuenta y tres, y con ser tantos no se rompió la red. San Isidoro dice: Que todas las clases de peces que hay en el mar están significados en este número de ciento cincuenta y tres, porque los apóstoles debían ser pescadores de todos los hombres; por esto no pescaron mas, y siendo tantos no se rompió la red. Expresa el número y la magnitud de los peces, para demostrar el milagro de no haberse roto la red. Y llamando á sus discípulos á comer, y comiendo con ellos, justificar mas y mas el de su resurreccion, dándoles á conocer que no era un fantasma, sino un cuerpo real y verdadero. Ninguno de los presentes se atrevió á preguntarle quién era, porque estaban llenos de reverencia y temor contemplando su rostro majestuoso é impouente, y porque teniendo un conocimiento cierto de que era él, era supérflua la pregunta. Sin embargo, para quitarles todo escozor ó recelo, tomó con su acostumbrada humildad el pan en sus manos, lo bendijo y se lo repartió como solía, y lo mismo hizo con los peces, y comió juntamente con ellos como acostumbraba antes de su pasion; y así, todos creyeron de nuevo que era él, y en el misterio de su santa resurreccion.

Esta es la tercera vez, dice san Juan, que Jesús se dejó ver de sus discípulos, esto es, segun el órden de su enumeracion, y no comprendiendo en ellas la del camino de Emmaus que refiere san Lucas; pero de ahí se sigue con claridad que la aparicion de Cristo á los discípulos á la provincia de Galilea en cumplimiento de la promesa que repetidas veces les habia hecho, no pudo ser la primera ni la mas solemne de las apariciones que entonces verificó. No cabe por tanto duda alguna que después de la aparicion á los dos que caminaban á Emmaus, la primera y segunda manifestacion se rea-

lizó en Jerusalem, donde como vimos, se hallaban reunidos en el cenáculo á puerta cerrada, en cuyo edificio continuaron sus juntas y reuniones aun después de la ascencion del soberano Maestro á los cielos, esperando el cumplimiento de las promesas divinas. Tampoco parece que toma en cuenta san Juan la aparicion ó manifestacion en el monte á los once discípulos que refiere san Mateo, y que por consiguiente solo alude en su dicho al órden de las manifestaciones que él mismo refiere. Pero como esta habia de ser memorable, no solo por los milagros de la pesca feliz, y por el fuego, el pez y el pan nuevamente creados, sino por los resultados que habia de tener, hace san Juan de ella una tan distinguida mencion.

En efecto, después de la comida pásose Jesús á conversar familiarmente con sus apóstoles; y dirigiendo la palabra á Simon Pedro, le dijo: Simon, hijo de Juan, ¿me amas mas que estos que se hallan aquí presentes? Sí, Señor, respondió Pedro; vos sabeis que os amo. Pues si es así, replicó el Salvador, apacienta mi rebaño. Hizole otra vez la misma pregunta y le satisfizo el apóstol con la misma respuesta, y el Señor le recomendó como antes el cuidado de sus corderos; pero cuando la tercera vez le estrechó para que le dijese si era verdad que le amaba y si decia esto de corazon, entonces Pedro, triste y confuso, por la memoria que tenia de su infidelidad pasada, le respondió: ¡Ah, Señor! ¿y por qué me haceis esta pregunta? Nada se os oculta: vos sabeis mejor que yo si es verdad que os amo. Pues apacienta mis ovejas, le dijo Jesús. Este apóstol, mas fervoroso en amar á Cristo, dice san Agustín [1], que temeroso para negarlo, siguió al Señor cuando iba á padecer, mas no pudo él llegar entonces á la corona. Siguiólo con los piés; aun no era á propósito para seguirlo con las costumbres. Permitióle que moriria por él, y ni aun con él pudo. Habia de morir entonces el Señor por el siervo, y no el siervo por el Señor. El que osó prometer mas de lo que podia, desordenadamente amó, y así temió y negó. Cristo resucitado enseña á Pedro cómo ha de amar. Amando con desórden, desfalleció con el peso de la pasion; amando ordenadamente, le es prometida la pasion. Ve Pedro resucitado al que habia temido muer-

[1] Div. August. Serm. 296, in Natal. II, App. Petri et Pauli.

to; pero no ve muerto al Señor, sino la muerte muerta en él. Con el ejemplo de la carne de Jesús aprendió cuán vano es el temor de la muerte: esta es la escuela donde se aprende á amar. Sabe el Maestro lo que pregunta al discípulo; pero quiere que la boca vaya unida al corazón, y de él mismo quiere saber cuánto le ama.

Tres veces le pregunta cuánto le ama, dice san Agustín [1], no ignorando de qué manera había de confesar el amor que lo tenía, sino porque la trina confesion del amor borrarse la trina negacion del temor, para que no sirva menos la lengua al amor que lo que sirvió al temor, y pareciese que daba mas voces para huir la muerte inminente que para apreciar la vida presente. Preguntó, no para aprender, sino para enseñar al que dejaba como vicario de su amor al subirse al cielo, pues no queria encargar sus corderos ni sus ovejas, por todos los que se había dignado morir, sino á aquel que sabia que le amaba; por esto pregunta primero al Pastor si le ama y después le encarga el apacentamiento de su rebaño, á fin de que como había sido indicio del temor el negar al Pastor, así tambien fuese señal positiva del amor el apacentar el rebaño [2]. Si me amas, camina delante de tus hermanos, y aquel amor ardiente que en otras ocasiones me mostraste, acréditalo ahora dando tu alma por mis ovejas, ya que decias que la darías por mí; porque esta es la prueba mas grande de amor que puedes darme [3]. Si pues el signo verdadero del amor es el cuidado del Pastor, será convencido de amarte poco todo aquel que teniendo virtud y ciencia rehusare apacentarle [4].

A mas del amor, era también necesaria la propia abnegacion y la obediencia; y para demostrarla y significarla Cristo á Pedro, le añadió: Cuando eras mas mozo, no en la edad, sino en la virtud, en la fortaleza y la constancia, por lo que tuviste la debilidad de negarme, te ceñias tu ceñidor, y caminabas y marchabas segun los deseos de tu voluntad; pero cuando llegáras á ser viejo, no tanto por la edad cuanto por el conocimiento que tengas de tus deberes, entre

[1] Div. August. Tract. 123 in Joann.

[2] Div. Ambros. de Apologia David. cap. 9.

[3] Div. Crisostom. Hom. 87 in Joann.

[4] Div. Gregor. lib. 6 Epistolar. Epist. 5.

los que debe contarse el buen ejemplo que debes dar á tus ovejas, y por la firmeza y estabilidad en la virtud, como ya lo has acreditado en tu confesion, entonces extenderás tus manos en una cruz y otro te ceñirá y llevará donde tú no querrás; esto es, á la muerte, que rehuye siempre la sensualidad y la voluntad natural. Así anunció Jesús á Pedro el género de muerte con que había de glorificar á Dios algun dia, padeciéndola por él y á su ejemplo; por lo que dice san Agustín [1]: Este paradero tuvo el que negó y amó, el que presumiendo se enalteció, negando cayó, llorando se limpió, confesando fué aprobado, y padeciendo fué coronado. Con perfecto amor murió por aquel por quien se ofreció á morir con falsa prisa. Convenia que muriese antes Cristo por la salud de Pedro, para que luego muriese Pedro por la predicacion de Cristo. Ahora es, Pedro, cuando no temerás la muerte, porque vive el que llorabas muerto, el que por amor carnal estorbabas que por nosotros muriese. Osas-te adelantarte al capitán, tuviste miedo al perseguidor; ahora derramado por tí el precio de tu rescate seguirás á tu comprador, y lo seguirás perfectamente hasta la muerte de cruz. Ya has oido las palabras del que por experiencia sabes que siempre habla la verdad. Profetiza tu pasion el que profetizó tu negacion.

No se afligió Pedro con esta prediccion. Mas sensible á la honra de morir en la cruz después del Señor que á la gloria de gobernar bajo sus órdenes su Iglesia, jamás olvidó esta importante profecia; así fué que cuando conoció que se acercaba el tiempo de su cumplimiento, escribió á toda la Iglesia dos epistolas llenas de importantísimas y muy saludables instrucciones, y en la segunda decia á todos los fieles: "Hijos míos, conviene que me dé prisa á exhortaros é instruirlos mientras estoy rodeado de esta carne mortal. "Ya soy viejo, y bien presto saldré del tabernáculo de mi cuerpo, "así como Jesucristo nuestro Señor tuvo por bien de dármele á entender [2]." Jesús en efecto había llamada aparte á su apóstol para hablar confidencialmente sobre este asunto tan arduo é interesante, á fin de que estuviera bien prevenido; y volviéndose Pedro, vió que le seguia aquel discípulo á quien amaba Jesús, y le entró

[1] Div. August. Tract. 123 in Joann.

[2] Ep. 2.ª Div. Petri. cap. 1, v. 14.

la curiosidad de saber cuál sería la suerte de Juan, su querido compañero. No había olvidado que durante la cena lo había visto descansar familiarmente sobre el pecho de su Maestro, y que solo él entre todos los apóstoles se había atrevido á preguntarle quién era el traidor; y no dudando que le conservaría su predileccion antigua, le dijo: ¿Qué habeis ordenado y dispuesto de él? ¿No lo destinals tambien para que os siga? Pero por mas disimulable que pareciese esta curiosidad, recibió una respuesta que le cerró enteramente la boca. ¿Qué te va á tí, respondió el Señor, en inquirir aquello que no mira al ejercicio de tu ministerio? Yo quiero que este discípulo á quien amo, se quede como está, entre tanto que yo venga. Si yo he tenido á bien instruirte sobre tu destino, no por esto tienes derecho á preguntarme sobre el de los otros. Conténtate con seguirme, y no quieras saber mas.

Divulgáronse insensiblemente entre todos los hermanos estas palabras de Jesús: *Yo quiero que este discípulo permanezca así hasta que yo venga*; y concluyeron que el discípulo amado, lejos de dar su sangre por la predicacion del Evangelio, jamás moriría. Y no dijo Jesús que no moriría, sino que no moriría como Pedro; pero todas las interpretaciones que entonces dieron á las palabras del Maestro, se disiparon cuando la luz celestial comunicada á los apóstoles por el Espíritu Santo, los hizo intérpretes infalibles de los oráculos divinos. Y el mismo de quien entonces se hablaba, es el que ha dado testimonio auténtico y por escrito de todas estas cosas, y no podemos dudar de ellas, porque sabemos que su testimonio es verdadero.

ORACION.

¡Oh piadosísimo Señor! ¡Oh dulcísimo Maestro! ¡Cuán bueno eres para todos aquellos que son de corazón recto, cuán suave para los que te aman! ¡Oh, cuán felices son los que te buscan, y cuán bienaventurados los que esperan en tí! En verdad que tú amas á todos los que te aman, y nunca abandonas á los que en tí esperan; concédeme pues la gracia de subir al monte santo de la perfeccion, para oír de tu boca santísima los santos y saludables preceptos

que debo observar para subir después al de la gloria eterna donde habitas, ya que por sola tu bondad y misericordia merecí ser bautizado en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Y ya que apareciendo á tus apóstoles á las riberas del mar de Galilea al salir del barco les tuviste el convite preparado, no me niegues la dicha de que antes de salir de este mundo sea alimentado mi espíritu con el Víatico de tu preciosísimo cuerpo, para que con Pedro, Juan y los demás apóstoles y santos, eternamente te ame y alabe en el cielo. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo corresponde al XXVIII de san Mateo, desde el versículo 16 hasta el 20. Y al XXI de san Juan, desde el versículo 1 hasta el 24, todos inclusive.

La Iglesia usa del texto de san Mateo para el Evangelio de la misa del viernes después de Pascua, desde el versículo 16 al 20; y para el de la misa del día de la Santísima Trinidad, desde el 18 al 20.

Del texto de san Juan para el de la misa del miércoles después de Pascua, desde el versículo 1 al 14.

Para el de la misa de la vigilia de los santos apóstoles san Pedro y san Pablo, á 28 de junio, desde el versículo 15 al 19.

Y para el de la misa del día de san Juan Evangelista á 29 de diciembre, desde el versículo 9 hasta el 24, todos inclusive; unos y otros dicen así:

EVANGELIO DE LA MISA DEL MARTES DESPUES DE PASCUA.

San Mateo, cap. XXVIII, vs. 16 al 20.

En aquel tiempo se fueron los once discípulos á Galilea al monte donde les había mandado Jesús, y viéndole le adoraron; mas algunos dudaban. Y llegando Jesús, les habló diciéndoles (*): Se me ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra. Id pues y enseñad

NOTA. Lo que sigue después de esta (*) señal hasta el fin, es el Evangelio de la misa del día de la Santísima Trinidad.

á todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, enseñándolas que guarden todas las cosas que os he mandado. Y estad ciertos de que yo estoy con vosotros hasta el fin del mundo.

EVANGELIO DE LA MISA DEL MIERCOLES DESPUES DE PASCUA.

San Juan, cap. XXI, vs. 1 al 14.

En aquel tiempo se dejó ver otra vez Jesús junto al mar de Tiberiades, y se dejó ver de esta manera: Estaban juntos Simon Pedro y Tomás, el que se llama Didymo, y Natanael, el que era de Caná de Galilea, y los hijos de Zebedeo, y otros dos de sus discípulos. Dícenles Simon y Pedro: Voy á pescar. Dícenle: Vamos tambien nosotros contigo. Fueron y subieron en un barco, y aquella noche nada cogieron. Venida la mañana se presentó Jesús en la playa, mas los discípulos no conocieron que era Jesús. Dijoles pues Jesús: Mozos, ¿tenéis algo que comer? Respondiéronle: No. Dícele: Echad la red á la mano derecha del barco y hallareis. Echáronla luego y no podían ya sacarla por la multitud de peces. Entonces el discípulo á quien amaba Jesús dijo á Pedro: El Señor es. Simon Pedro al oír que era el Señor, púsose la túnica, porque estaba desnudo, y se echó al mar. Los otros discípulos vinieron en el barco, porque no estaban lejos de tierra sino como doscientos codos, trayendo la red llena de peces. Luego que saltaron en tierra vieron puestas ascuas, y un pez encima de ellas, y pan. Dícele Jesús: Traed de los peces que habeis cogido ahora. Subió Simon Pedro y trajo á tierra la red llena de grandes peces, ciento cincuenta y tres, y con ser tantos no se rompió la red. Dícele Jesús: Venid y comed. Y ninguno de los que estaban allí sentados osaba preguntarle ¿quién eres tú? sabiendo que era el Señor. Viene pues Jesús, y toma el pan, y les da, y tambien del pez. Esta fué la tercera vez que apareció Jesús á sus discípulos después que resucitó de entre los muertos.

EVANGELIO DE LA MISA DE LA VIGILIA DE LOS SANTOS APÓSTOLES SAN PEDRO Y SAN PABLO, A 28 DE JUNIO.

San Juan, cap. XXI, vs. 15 al 19.

En aquel tiempo dijo Jesús á Simon Pedro: Simon, hijo de Juan, ¿me amas mas que estos? Respondióle: Sí, Señor, tú sabes que te amo. Dícele: Apacienta mis corderos. Dícele segunda vez: Simon, hijo de Juan, ¿me amas? Respondióle: Sí, Señor, tú sabes que te amo. Dícele: Apacienta mis corderos. Dícele por tercera vez: Simon, hijo de Juan, ¿me amas? Entristeciése Pedro porque hasta tercera vez le preguntó ¿me amas? y le dijo: Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que te amo. Dijole: Apacienta mis ovejas. En verdad, en verdad te digo: Cuando eras mas mozo, te ceñias tú mismo y andabas á donde querias; mas cuando seas viejo, extenderás tus manos, y otro te ceñirá y llevará á donde tú no quieras. Y esto lo dijo para denotar con qué linaje de muerte había él de glorificar á Dios.

EVANGELIO DE LA MISA DEL DIA DE SAN JUAN APÓSTOL Y EVANGELISTA, A 27 DE DICIEMBRE

San Juan, cap. XXI, vs. 19 al 24.

En aquel tiempo dijo Jesús á Pedro: Sigüeme. Volviéndose Pedro, vió que le seguia aquel discípulo á quien amaba Jesús, que estuvo durante la cena recostada en su pecho, y que le dijo: Señor, ¿quién es el que te ha de entregar? Pedro pues viéndole, dijo á Jesús: Señor, ¿y este qué será de él? Respondióle Jesús: Quiero que él permanezca así hasta mi venida; ¿qué te importa á tí? tú sigüeme. Corrió pues la voz entre los hermanos que aquel discípulo no moriría; y no dijo Jesús que no moriría, sino: Quiero que él permanezca así hasta mi venida; ¿qué te importa á tí? Este es aquel discípulo que da testimonio de estas cosas y escribió esto, y sabemos que es verdadero su testimonio.